

MICRORRELATOS I: LIBRERÍAS.

Beatriz Malo



Image not found.

Capítulo 1

MICRORRELATOS I:

LIBRERÍAS

Beatriz Malo.

1. UN INSTANTE.

No sabía si le había reconocido. O disimulaba que lo había hecho. Ella estaba en el mismo lugar, con la misma sonrisa de curiosidad ante la mesa de novedades de literatura fantástica. Había levantado la mirada cuando él entraba. Quizá por el sonido de la campanilla que anunciaba una nueva visita. Él se dirigió a su estantería, a sus títulos de novela histórica que lindaban con esos mundos legendarios que le pertenecían a ella y que a veces se confundían con los suyos propios.

Creó que le buscaba, que le volvía a mirar. Un instante. Casualidad.

Al acercarse a su lado ella sonrió aún más, y continuó observando los títulos que se levantaban en montones irregulares de la mesa cuadrada. Él sonrió, esperando. Sabía que esta vez ella hablaría primero.

Le dijo que pusiera entre sus manos uno de aquellos libros. Uno que le gustara aún más que el anterior.

Capítulo 2

2. LA LIBRERÍA DE LA CALLE LORCA.

Tomar el libro. Observarlo. Soplar el lomo. Dejar que una pequeña nube de polvo le envolviera durante unos instantes. Y que perduraba cuando lo hacía bajo la luz del sol.

Aquél era el gesto con el que había crecido. Había sido la forma en que su padre amaba los libros. La manera en que su abuelo los había cuidado. Una última muestra de amor antes de entregarlos a otros, de perderlos, de aceptar que un día todos ellos debían dejar su espacio para otras reliquias que vendrían después.

Era la primera vez que era consciente de que él también lo había hecho. Cuando su hijo le preguntó el porqué, sonrió.

Capítulo 3

3. TODOS LOS DÍAS QUE PASARON.

Había pasado los años buscando. Había encontrado el título detrás de los mostradores, al alcance de su mano. Esas cinco palabras destacaban entre todas las demás. A veces se había encaminado con el libro hacia la caja. Otras veces lo devolvía en silencio al librero de turno que se lo ofrecía. No podía. Se negaba a encontrar el momento de abrir esas páginas, de descubrirla a ella. Nunca lo había visto entre las manos que tantas veces quiso que se lo entregara.

Intuía que esta vez, tras la puerta de madera, de los cristales empañados y de ese picaporte envejecido, encontraría las palabras que estaban guardadas para él.

Capítulo 4

4. EL CÓMIC QUE NO SE QUERÍA IR.

¿Por qué nadie se lo lleva? ¿Por qué sigue ahí, después de tantos meses? Llegó el día 9 de febrero, junto a otros comics de Marvel y novelas de ciencia ficción. Me acuerdo de él porque lo coloqué en un estante que no era el suyo. Lo separé de sus compañeros de aventuras con los que había atravesado tantos números, tantas ediciones especiales y con los que había alcanzado las pantallas de los cines y las televisiones de muchísimas casas.

Me di cuenta por la tarde, después de cerrar la tienda, cuando lo vi entre los libros de George R. R. Martin. ¿Qué hace ahí? Me pregunté, y lo coloqué rápido en su sitio, con prisa, casi con desesperación porque hubiera pasado tantas horas alejado del lugar que le pertenecía. En ese momento me fijé que además sólo nos había llegado un ejemplar de ese número. Pero desde ese día no ha abandonado su lugar en el tercer estante de la estantería de la esquina.

Hoy, cuando hemos cerrado a mediodía, me acerqué y lo observé. Ya lo había hecho alguna vez para entender qué le ocurría para que alejara a todo aquel que lo miraba, y aún más a los que se atrevían a cogerlo, a mirar la portada con atención, a leer el comienzo o alguna página al azar. Una vez vi a un chiquillo que leía el final, se rió y volvió a dejarlo para tomar otros cuantos cómics que le rodeaban.

Yo conocía lo que contenía cada ejemplar que pasaba por allí. Sabía que ese número era muy bueno. Me acerqué con él a mi sitio detrás del mostrador. Busqué, de nuevo, algún defecto, algún error de impresión. Nada. ¿Quizá te esté esperando a ti? Me había dicho ayer mi compañero, entre risas, medio en broma, medio en serio. Le había hablado mucho de ese cómic. Quizá fuera verdad.

Capítulo 5

5. LA NIÑA Y EL LIBRO.

La niña levantó los ojos. Me miró. Una risa que duró varios segundos me dijo que había cogido ese libro sin el permiso de su madre. Quizá justo después de que le sonara el móvil y saliera, casi corriendo, a la puerta.

Al instante ella bajó la mirada y siguió leyendo. Su madre estaba al otro lado de la puerta. La veía mover un brazo. Con la otra sostenía el móvil. Subía y bajaba el escalón de entrada.

La niña volvió a mirarme, de reojo. Volvió a sonreír. Con un dedo le dije que se acercara. Estábamos solas. Antes de pedirle que me dejara ver el libro, miré a su madre. Vi ese gesto que indicó que la conversación había terminado. Y que aún tardaría unos minutos más en volver a entrar.

Pasé el código de barras, escuché con placer e inquietud mientras el ticket salía de la máquina. Lo metí junto al libro en una bolsa de papel y la adorné con un lazo rosa, igual que el que ella llevaba siempre en el pelo.

La madre entró igual que como había salido, me despidió, y se llevó a su hija de la mano. Ella miró atrás un par de veces, sin dejar de sonreírme, contenta porque su madre no se hubiera dado cuenta de lo que llevaba en la otra mano.

Capítulo 6

6. 1923

Nadie me había sabido decir cuánto tiempo llevaba esa librería ahí. En el dintel, en letras pequeñas debajo del nombre que la identificaba, se leía con dificultad la fecha de 1923. Todos coincidían en que era mucho más antigua. Decían que el dueño siempre había sido el mismo. Que había recorrido el mundo recopilando ejemplares únicos, con la única finalidad de llenar estanterías, de verlos, de contemplarlos. Decían que había libros que no vendía.

Un par de vecinos me contaron las pocas veces que habían visto a alguien cruzar esa puerta. Siempre extranjeros, gente que venía de muy lejos. Luego reían, sonreían con incredulidad. Había sido el consejo de varias generaciones lo que les había mantenido alejados de ese local de una sola planta, donde una cristalera casi opaca protegía del mundo un lugar que parecía sagrado. Entré. Sólo vi un rostro amable, sentado en un taburete detrás del mostrador, bajo un flexo que iluminaba de cerca el libro que ese hombre tenía entre las manos, abierto. Era un hombre joven. Tenía el pelo negro y estaba envuelto en una capa vieja que le protegía del frío. Me dijo que hacía mucho que no venía nadie.

Capítulo 7

7. HERMANOS.

- Entre la publicación de uno y otro pasaron siete años.

Su hermano le hablaba sin levantar los ojos de ambos libros.

Él lo sabía.

Había venido a la librería justo a las diez. Aún no había clientes. Él le había llamado la tarde anterior para avisarle de que ya tenía los libros. Los dos.

- Creí que nunca iba a volver a conseguirlos – los dejó sobre la mesa, y continuó mirándolos.

Vio que sonreía. Y que no podía apartar todavía la mirada.

- Quería esta edición.

No quiso preguntarle el motivo, el porqué de tanta insistencia en esa versión. Si era por aquellos siete años en los que no se habían visto, si era porque los había perdido en ese viaje o porque simplemente quería tener algo que le recordara a como él era antes.

- Son un poco como nosotros – susurró y le miró.

Eran exactamente como ellos. El mismo estilo de portada. Diferente color y diferente título. Del mismo autor y con argumentos opuestos.

Capítulo 8

8. EN EL MEJOR LUGAR POSIBLE.

Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en la esquina más escondida de la librería, bajo la escalera de caracol. Allí sólo había espacio para él y el portátil. Sujetaba un bolígrafo con los dientes y tenía unos cuantos libros sobre él. Sin darse cuenta, se había aislado del único hueco que le hubiera permitido salir de allí. A medida que iba sacando títulos de la estantería y registrándolos en el portátil, había algunos que los escribía con el bic negro en la libreta que siempre llevaba con él cuando trabajaba. En ella apuntaba algunos libros con los que se encontraba, aquellos que por algo, sentía que debía leer. Tenía una lista larga. Algunos tachados, otros todavía pendientes. Acababa de escribir un nuevo título de una autora que no conocía.

Se incorporó un poco, lo suficiente para mirar por la ventana, por encima del montón de libros, y ver que ya era de noche. Le abordó esa nostalgia del final del día, cuando sabía que en unas horas tendría que irse. Volvió a acomodarse en su rincón, donde había pasado los últimos dos días. Releyó esas últimas palabras que había apuntado en una página cuadriculada. El título y su autora, el mismo que leía en la portada del libro que tenía sobre su otra pierna. Guardó la libreta en el bolsillo de su camisa y dejó el libro aparte, a su espalda.

Capítulo 9

9. A LOS PIES DE LAS RUINAS.

Mi maestro está loco. Hemos convivido durante diez años en una casa de adobe levantada con sus propias manos. Él ya llevaba viviendo allí veinte años cuando yo llegué. Nunca ha vuelto a Europa. Hoy hace dos años que me dejó la dirección de las excavaciones de nuestra ciudad asiria. Me he acostumbrado. Ahora ya sus hombres me respetan, quizá porque ya sé hablar el idioma de este lugar que durante los primeros años me resultaba un árabe ininteligible. Mi maestro sólo piensa en sus libros. Sólo me habla ya de la gran librería que hay en la capital. No es tan grande como él dice, ni los libros tan excepcionales como intenta convencerme a mí y a nuestros criados. Todos los días va y viene a caballo, tres horas de viaje al día. Alguna vez trae algún libro de arqueología en nuestro idioma. Esos son los días que está de mejor humor. Hoy me ha dicho que va a empezar a vender sus propias memorias de excavación y sus investigaciones sobre el mundo de los asirios. No le creí. Al regresar para cenar he visto convertida la casa en una imitación de la librería de la capital.

Capítulo 10

10. Presentación en *La Caraba*.

La bandeja de pastas de té perfectamente ordenada y el olor dulce les recordaba que ya era invierno. Un vistazo rápido al otro lado del ventanal era suficiente para intuir el aire frío. La autora que ese día estaba con ella colocó un par de sus libros en la esquina de la mesa, para que se vieran bien. Puso otro al lado de la bandeja de dulces. Hizo una foto a la mesa en que se sentarían las dos. Miró cómo había quedado y pareció conforme. Sonrió y volvió al mostrador. Miraba inquieta hacia la puerta. Había llegado demasiado pronto. Paseó mirando los libros para niños que estaban en uno de los laterales. Era un bonito decorado para su presentación. En ese instante le distrajo el sonido de la campanilla de la puerta. No se dio cuenta de que ella acababa de abrir la puerta de la librería. Entraron una ráfaga de viento frío y voces que llenaron en un instante ese lugar que en otras ocasiones parecía tan grande. Quiso reír al ver a tanta gente que no esperaba. No se había puesto nerviosa hasta ese momento. Y aun así seguía sonriendo. Se acercó a ella al cabo de un rato.

- ¿Empezamos?